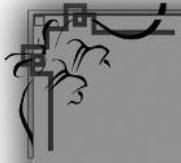


ISLAS EN EL CIELO

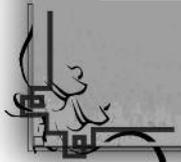
Pedro Pablo García May





**EL MUNDO EN LA ERA
DEL MESÍAS BENJAMÍN**

POLO SUR



POLO NORTE



EL OCCIDENTE

1. REGIÓN CAPITAL.
2. REGIÓN NORTEAMERICANA.
3. REGIÓN SUBMEDITERRÁNEA.
4. REGIÓN ESCANDINAVA.
5. REGIÓN BRITÁNICA.
6. REGIÓN IBÉRICA.
7. REGIÓN FRANCOBELGA.
8. REGIÓN GERMANA.
9. REGIÓN ITALIANA.
10. REGIÓN GRECOESLAVA.
- L. COLONIAS LEGALES.

IMPERIOS MEDIOS

- A. GRAN RUSIA.
- B. IMPERIO PERSA.
- C. IMPERIO TEXANO.

NEOIMPERIO CHINO

- D. NEOIMPERIO CHINO.

LA TIERRA (VELAND)

PLAYA

LAGOS CENTRALES

MARCA DEL OJO
DE LA CORDILLERA

MARCA DEL OJO
DEL CIELO

POLO SUR



POLO NORTE



KLAUSSTADT



MARCA DEL OJO
DEL MUNDO



MARCA DEL OJO
DEL RÍO

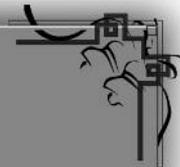


MARCA DEL OJO
SAGRADO

NEUE MUNICH

GERMANIA

NEUE BERLIN



1947

—Howie, ¿estás viendo lo mismo que yo?

—Sí, almirante Byrd. Parece hielo... amarillo. ¿Hielo coloreado de amarillo? Tal vez un efecto óptico... Pero, no; parece seguir un patrón.

—Sí, es muy extraño. Creo que deberíamos descender un poco para ver de cerca este fenómeno.

—Estamos a unos 2900 pies, almirante, y las brújulas no marchan bien. Ni la giroscópica, ni la magnética. Están como locas. Como todo el instrumental, ¡maldición! ¿Cree que es prudente rebajar la altitud? Antes hemos atravesado turbulencias serias volando más bajo.

—Lo sé, pero quiero ver esto mejor... Y fotografiarlo y filmarlo. Si no, no nos creerán. Se supone que el horizonte tendría que ser eterna y condenadamente blanco, así que... ¡Howie, mira ahí: más colores! Rojo y verde. ¡Y púrpura! ¿Dónde demonios estamos?

—En la ruta prevista, almirante.

—¡Lo sé, lo sé! Por eso lo estoy preguntando. ¿Quién se dedica a pintar grandes extensiones de hielo en la Antártida? ¿Y para qué?

—Almirante Byrd, creo..., creo que no se trata de nieve. Yo diría... ¡Dios mío! ¡Yo diría que son flores!

Fuga

Santo, santo, santo es en verdad aquel
al que yo bendeciré y quedará así protegido.
Y nadie en ninguna tierra del mundo podrá hacerle mal alguno.
Y él y los de su linaje vivirán eternamente en la gloria divina.

Revelaciones de Benjamín.
Anónimo

Como en los sueños.

Exactamente igual que en esa pesadilla recurrente de los últimos diez años, en la que se veía a sí mismo corriendo a través de pasillos interminables y encharcados, apenas iluminados, hacia una puerta lejana y entreabierta que nunca llegaba a alcanzar porque, cuando su mano ya la rozaba, una nueva esquina se materializaba ante sus ojos y le obligaba a seguir corriendo en otra dirección. Y de nuevo estaba la puerta allí al fondo, esquiva, burlándose de él.

La misma angustia, pero esta vez en el mundo real, con pasillos y escaleras sin fin.

Ullman Morgenstern trotaba, sudaba y temblaba, mientras sus pulmones le quemaban por dentro y su corazón tamborileaba contra su pecho como el esclavista de una galera marcando el ritmo a los galeotes. Los muslos, sobre todo los cuádriceps, sufrían semiagarrotados por la exigencia del esfuerzo tras semanas de inactividad en prisión. En realidad, le dolía el cuerpo entero y en especial las zonas marcadas por los cardenales de las sucesivas palizas. Y las sienas, palpitando locas, como si el cerebro empujara con multitud de manos

diminutas las paredes del cráneo desde su interior, para liberarse de su claustrofobia.

Su mano derecha aferraba, ensangrentada y sudorosa, el macabro trofeo con el que esperaba huir de allí: la muñeca y la mano de uno de sus guardianes, cortada, desgarrada brutalmente con ayuda de un cuchillo de sierra no demasiado afilado. Se veía perfectamente el fragmento del hueso astillado y blanquecino asomando entre la carne.

No le quedaba demasiado tiempo. No sabía cuánto, pero seguro que no demasiado. Si todavía no habían encontrado ni a Cheeka ni al funcionario, no tardarían mucho más: debía de ser ya la hora de la cena y eran muy escrupulosos con los horarios, aunque fuera para servir la bazofia habitual. Desatarían la persecución contra él de inmediato y sabía por propia experiencia acerca de los placeres de la cacería humana.

El Gran Friedrich lo había dejado escrito: «Ver sufrir produce bienestar. Hacer sufrir, más bienestar aún. Esta es una tesis dura pero es un axioma antiguo, poderoso, humano, demasiado humano, que por lo demás acaso suscribirían ya los monos, pues se cuenta que, en la invención de extrañas crueldades, anuncian ya en gran medida al hombre y, por así decirlo, lo preludian. Sin crueldad no hay fiesta. Así lo enseña la más antigua, la más larga historia del hombre. ¡Y por lo demás, también en la pena hay muchos elementos festivos!». Por eso adoraba al Gran Friedrich: siempre tenía las palabras adecuadas para cada ocasión.

Morgenstern ignoraba el nombre de la cárcel en la que le habían recluido así como su exacta situación geográfica, aunque sospechaba que no había llegado a abandonar la Región Británica. No sabía cuál era la mejor ruta de escape, ni siquiera tenía muy claro dónde se encontraba en aquel momento dentro del propio complejo penitenciario, pero era consciente de que debía escapar ahora que se le había presentado la oportunidad, porque lo más seguro es que no tuviera otra. Llevaba el tiempo suficiente encerrado como para intuir que los subhumanos no le dejarían salir vivo o, al menos, cuerdo. A pesar de los golpes, de las noches sin dormir, de la pésima alimentación, del aislamiento, de los interrogatorios extenuantes..., no había hablado, no habían conseguido sacarle nada por la fuerza, todavía.

Desde el primer momento había optado por esconderse tras una humildad rayana en la idiotez e incluso en la subnormalidad, balbuceando y salivando en exceso, negando con ojos asustadizos de persona ida, expresándose de manera contradictoria e incoherente, arras-

trando sus pies al caminar..., tal y como le habían enseñado en *Valhöll* para el caso de que fuera detenido. Le habían advertido de que si mostraba su faz verdadera, si descubrían que era un peregrino, le aplicarían presiones tan poderosas que probablemente no sobreviviría un par de días.

Sin embargo, él mismo ignoraba el tiempo que lograría mantener su silencio, su teatro, por muy descendiente que fuera del pueblo de los señores. Hasta los dioses tienen un límite.

Gracias al Avatar, la oportunidad había llegado de la forma más inesperada, cuando uno de sus guardianes le trasladaba de celda tras una revisión médica rutinaria. Solo la intervención divina podía explicar la coincidencia de que apareciera Cheeka, el inmundo *kapo* de la cocina, con su cuchillo de matarife en la mano y la blasfemia permanente en la boca, y exigiera al guardián que le condujera, pasillo adelante, hasta los fogones, para ayudarle a sacar una de las grandes piezas de carne del congelador. Cheeka había dejado a su pinche en una de las camillas, retorciéndose de dolor por lo que el médico de la prisión todavía no sabía a ciencia cierta si era una perforación de estómago o un truco para conseguir un permiso en un hospital vigilado, fuera de la cárcel.

En teoría, un *kapo* no es más que un preso de confianza con un puesto de cierta responsabilidad, pero un preso al fin y al cabo. No podía exigir nada a un funcionario de la prisión y, menos que nada, que desviara la escolta de otro recluso para realizar un trabajo físico no previsto.

En la práctica, el poder de Cheeka era muy superior al del guardián. Podía contársele entre los cuatro o cinco internos de mayor influencia, los que controlaban a todos los demás. Antes de acceder a la dirección de la cocina no sabía ni siquiera prepararse un bocadillo, pero había exigido el puesto para garantizarse la mejor alimentación y lo había obtenido sin grandes complicaciones. Todo el mundo sabía quién era: un tipo enorme y malencarado, de trato adusto y sentenciado por nueve asesinatos. Nadie le llevaba la contraria.

—Mueve el culo, bastardo, y bájame la carne del gancho o mañana os quedaréis todos sin comer —le escupió a la cara después de abrir el enorme picaporte de acero cromado que conducía a la sala refrigerada.

—Entraré con él —apuntó con timidez el guardián—, tengo orden de no perderle de vista en ningún momento.

Cheeka se encogió de hombros y se dirigió a los grandes fogones del centro de la cocina donde humeaba la sopa de la cena.

Obediente, Morgenstern penetró en el cuarto frigorífico y sintió los escalofríos casi de inmediato por culpa de la baja temperatura. A pesar de sus autoimpuestos ejercicios físicos diarios, la dura vida de la prisión durante las últimas semanas había reducido su antaño potente musculatura, que tanto le gustaba admirar en recurrente exhibición de narcisismo físico en el espejo de cuerpo entero de su apartamento, eliminando las capas de grasa que la alimentaban. Ahora tenía frío incluso cuando cruzaba ante una simple corriente. La delgada tela anaranjada de su uniforme tampoco le protegía demasiado. En aquel momento quiso maldecir su suerte pero, al subirse al taburete y observar de cerca el afilado gancho del que colgaba la pesada pieza de carne que tenía que bajar, comprendió lo que el Avatar quería decirle al dirigir las circunstancias en apariencia casuales que le habían conducido hasta aquel preciso momento.

El guardián estaba igual de incómodo que él en el interior del congelador, pero se dejó llevar por la curiosidad. Nunca había entrado en la cocina y menos en el interior de aquel cuarto estrecho y largo, en el que se amontonaban las cajas de alimentos preparados y de cuyas gruesas barras metálicas pendían los pedazos de res como crisálidas monstruosas escapadas de la prehistoria.

Mientras Morgenstern descolgaba la pieza, él desvió la vista y la atención hacia otro de aquellos bultos para tocar, fascinado, la carne rosada que se convertiría en filetes, en chuletas, en guiso, que luego él comería en un plato ya preparado sin preguntarse su procedencia, cómo era antes de pasar por la sartén. Parecía humana, pero como de un humano gigante y deforme. Por un momento fantaseó con la existencia, en algún lugar ignoto de las amplias fronteras de El Occidente, de una granja donde en lugar de ganado vacuno o lanar se pastoreara a hombres colosales y contrahechos: detritus de la naturaleza generados por la irradiación de las bombas utilizadas años antes, seres sin mente y sin objetivo en la vida cuyo destino único y último fuera el de alimentar a los humanos normales.

Meneó la cabeza y dejó de pensar en estupideces. Era carne de vaca desangrada según la ley, simplemente.

Recuperó la conciencia de dónde estaba y se giró sobre sí mismo. El corazón le dio un vuelco al ver la cara del preso a un palmo de la

suya y su mano izquierda tapándole la boca. Pero lo que más le dolió fue la gélida garra que arrasaba sus entrañas mientras Morgenstern manejaba el gancho con pericia de profesional.

El funcionario murió sin decir nada. Vomitando sangre, se desplomó sobre él y, al hacerlo, agrandó el tamaño de su herida. Qué gran ironía, pensaba Morgenstern, que fuera a desangrarse precisamente en el congelador de comida *kosher*.

Luego todo sucedió muy rápido. Herr Wolf resucitó en él: como antes, en los viejos tiempos, lo poseyó con su furia guerrera y lo empujó fuera del cuarto congelador, moviéndolo con agilidad, con fuerza, con una gracia natural y terrible al mismo tiempo, como un lobo asesino. Haciendo honor a su nombre.

Cuando se abalanzó sobre el desprevenido Cheeka, este no pudo defenderse, ni supo cómo hacerlo. Demasiado tiempo ejerciendo el poder absoluto y teniendo a todo el mundo a su servicio sin rechistar había reducido en exceso su capacidad de reacción ante lo inesperado.

—¡Gloria al Avatar! —masculló Herr Wolf entre dientes mientras degollaba al jefe de cocina con el gancho.

Lo más complicado de todo fue cortar la mano del funcionario. La necesitaba para salir de la prisión, para abrir puertas. En realidad, necesitaba el chip enterrado entre sus nudillos, pero no se atrevía a intentar extraerlo del cadáver: no tenía tiempo ni instrumental quirúrgico adecuado y podría destruirlo. Utilizó el cuchillo serrado de Cheeka y aun así le costó un buen rato concluir su trabajo. Después tuvo que elegir entre llevarse la porra del funcionario o seguir con el gancho de carne. Optó por el segundo: le había demostrado su eficacia.

Abandonó los dos cuerpos en el interior del congelador, cerró el portón y se cambió la casaca naranja y manchada de sangre de su uniforme por otra blanca de cocina. No halló pantalones blancos, aunque tampoco se entretuvo mucho más en buscarlos.

Y empezó a correr por los pasillos de la cárcel.

No había vuelta atrás: o escapaba o se quitaba la vida. Ahora se había revelado como el guerrero peligroso que era y no podía dejar que le atraparan de nuevo. Tal vez no lograra salir de allí, pero al menos volvía a sentirse uno más entre los guerreros peregrinos, combatiendo de verdad a sus eternos enemigos, fiel a la ley del Retorno.

Delante le esperaba una puerta provista de cerradura óptica. Detuvo su trote enloquecido para facilitar un respiro a sus abrasados pulmones

y sonrió, sudoroso, había llegado la hora de utilizar su particular *mano de gloria*. Sin embargo, no le dio tiempo a comprobar la eficiencia del lector de chips. La puerta se abrió hacia él y un sorprendido funcionario de prisiones lo contempló estupefacto durante un instante.

Lo embistió antes de que pudiera reaccionar, pero el guardián lo agarró al caer. Ambos rodaron por el mohoso suelo del pasillo y se levantaron prácticamente a la vez. El funcionario intentó echar mano a su cinturón buscando el arma reglamentaria, pero Herr Wolf le arrojó la mano serrada a la cara y él, por instinto, se cubrió para protegerse del impacto. A continuación, el recluso le lanzó también el gancho, que se incrustó junto a la clavícula del hombre uniformado. El guardián exhaló un rugido de rabia y dolor antes de recibir un puñetazo que le descuadró el mentón y le tumbó de nuevo. Herr Wolf se abalanzó sobre él y se ensañó con su cara.

Cuando Morgenstern se puso en pie tenía los puños despellejados y doloridos, pero el rostro del funcionario de prisiones era una pulpa sanguinolenta y había perdido al menos un ojo. De todas formas, aún estaba vivo, porque emitió un débil gemido antes de desmayarse cuando le arrancó el gancho para llevárselo consigo. Después le arrebató el cinturón con el arma y se lo abrochó él. Recuperó la mano del primer guardián y volvió a correr, siempre hacia delante.

La alarma, una bocina sórdida y entrecortada, empezó a sonar cuando se encontraba a menos de cien metros de otra puerta acristalada con un material translúcido a través de la cual se filtraban los rayos del sol. Estaba muy cerca de salir, aunque no sabía exactamente adónde.

La nueva puerta tenía también un lector óptico. Aplicó la palma de su macabro amuleto a la cerradura y esta se abrió con un zumbido seco. Luego arrojó a un lado su particular llave y, empuñando la pistola del segundo guardián con la mano derecha y el gancho con la izquierda, saltó adelante como un pirata al abordaje.

Un amplio vestíbulo se abrió ante él. Trató de hacer memoria, pero no lo recordaba. Su ingreso en prisión se había producido de noche, con poca luz y en circunstancias físicas en extremo lamentables para él, porque los agentes del Servicio Político se habían tomado la molestia de propinarle su primera y severa paliza en su propio apartamento, en el momento de la detención.

Lo que sí detectó enseguida fue una nueva puerta que conducía a un patio, fuera del condenado edificio. A la derecha se abrían dos pasillos

que dedujo debían de llevar a las oficinas, ya que, a su izquierda, una reja enorme cerraba el acceso al pasaje principal de la zona que sabía ocupada por presos comunes. Un poco más a la izquierda detectó un mostrador y, tras él, otro funcionario que le observaba con el mismo gesto asombrado. ¿Por qué todos le miraban igual? Malditos robots clónicos. No merecía la pena gastar tiempo con ninguno de esos tipos que se decían humanos pero que para él seguían estando un nivel por debajo en la escala evolutiva normal.

Herr Wolf disparó contra el del mostrador, pero el hombre se había escondido bajo la encimera antes de que terminara de apuntarle. El preso corrió hacia la puerta.

Dos policías armados aparecieron delante de él. Tenían la luz del sol de la tarde a sus espaldas, por lo que en realidad eran sombras, negros contornos alrededor de núcleos de oscuridad, como el Demiurgo al que servían todos ellos. O eso fue lo que pensó el peregrino mientras disparaba sin dejar de correr hacia la salida, hacia la libertad. Ambos cayeron sin decir nada. Morgenstern solo se detuvo al llegar al marco de la puerta.

Delante de él estaba el patio de la prisión, amplio y vacío. No era hora de paseo, ni de ejercicio, ni de gimnasio. Más allá solo quedaba la última barrera, los altos muros por encima de los cuales vio correr al menos a otros tres funcionarios, alertados ya por su intentona. Al otro lado le esperaba el premio.

A menos de veinte metros de la puerta divisó un vehículo policial, un semiblindado cubierto, de color azul y blanco, ruedas altas reforzadas y provisto de un cañón ametrallador del calibre cincuenta. Casi seguro, el que habían utilizado los dos que acababa de tumbar para llegar a la prisión con quién sabe qué encargo específico. Demasiado bueno para ser verdad.

Todos los presos estaban a esa hora en sus celdas y algunos, que se habían asomado a sus ventanas, curiosos por el sucio ulular de la alarma, lo vieron. Al comprender lo que estaba sucediendo, empezaron a jalarle. Muchos habrían pagado un alto precio por estar en su lugar, o por acompañarle en su carrera desbocada fuera de la trampa. Solo por tener la oportunidad, aunque esta fuera de una entre un millón.

Morgenstern sintió la oleada de apoyo y se paró en seco. El tiempo se ralentizó en un instante extraño, irrepitable, en el que, de pronto, se imaginó a sí mismo como un delantero de fútbol que se acerca al área

rival con la pelota en los pies y el portero como único rival ante su avance. Tenía tiempo para detenerse y orientar su disparo a gol mientras los defensas corrían detrás, aún lejos para frenarle, y...

—*¡Himmel!* —bramó de dolor, al sentir la punzada en su hombro izquierdo.

Se volvió y disparó a su vez al funcionario que, abandonando la seguridad del mostrador, había demostrado su mala puntería despilfarrando el blanco. Herr Wolf tuvo mayor habilidad y el guardián rodó por los suelos tras recibir el impacto en el esternón.

Entonces se desencadenó la lluvia de proyectiles a su alrededor, cuando los guardias de los muros se emplearon a fondo con él. De una casamata a la derecha surgieron cuatro o cinco hombres más, algunos de ellos armados con fusiles pesados. Morgenstern no tenía opción: si se ponía a cubierto dentro del edificio acabarían acorralándolo, así que siguió apostando al mismo número de la ruleta. Saltó hacia delante y llegó al vehículo en dos zancadas, mientras el impacto de los disparos levantaba el polvo a su alrededor.

Una esquirla le mordió el tobillo derecho, pero prefirió ignorar la herida mientras abría con energía la portezuela del piloto. Los goznes lloriquearon denunciando un mantenimiento insuficiente, aunque el tintineo metálico que se escuchaba dentro de la cabina blindada le confirmó que allí estaría a salvo del tiroteo, por el momento. Ansiosos por penetrar en la prisión tras escuchar la alarma, los imprudentes policías le habían dejado el vehículo en bandeja, listo para arrancar. Sus ruedas chirriaron sobre el patio, casi derrapando, mientras el peregrino giraba el volante de diseño y se dirigía a la puerta de la prisión.

Los reclusos aullaban y aplaudían desde sus ventanas, golpeando los barrotes de sus celdas y arrojando todo tipo de objetos contra los guardias que corrían hacia el vehículo sin dejar de dispararle. Disponían ahora de un blanco más grande, pero estaba bien reforzado y se movía con mayor rapidez.

Herr Wolf se planteó utilizar el cañón ametrallador mientras enfilaba hacia la puerta principal de la prisión, que un prudente funcionario se había apresurado a cerrar y asegurar al verle salir del interior del edificio principal. Pero era imposible conducir y al mismo tiempo disparar un arma tan grande. Encontró la solución en los botes eyectables de gas defensivo, previstos inicialmente para el caso de que el vehículo fuera rodeado por una turba hostil. Se colocó como pudo una de las

mascarillas que había en el interior del semiblandado y, tras frenar brutalmente junto a la puerta, disparó todos los botes a la vez. Una humareda densa y de color gris ceniza envolvió el vehículo y se extendió con rapidez profesional.

Abrió la portezuela y utilizó la pistola contra la cabina de control de la puerta, donde el guardián tosía incontroladamente mientras intentaba, sin conseguirlo, evitar la inhalación de gases tóxicos. Herr Wolf resolvió su problema disparándole al entrecejo. Luego manipuló violentamente todos los mandos hasta que un chasquido dio paso a un zumbido ahogado en la puerta principal y esta empezó a abrirse. Subió de nuevo al vehículo, justo a tiempo de ver cómo se abría el acceso al corredor interno del muro, muy cerca de la cabina de control, y varios guardianes salían de allí en tropel. Regularon al encontrarse con el gas.

Aceleró y dejó atrás el humo tóxico y la prisión.

Respirando con dificultad, Morgenstern se despojó de la máscara y la arrojó sobre el asiento del copiloto sin dejar de temblar. Todavía no podía creer que lo hubiera conseguido. Delante de él se abría una inmensa estepa verde y una cinta que lo atravesaba, una carretera estrecha que parecía el hilo de Ariadna en el interior del Laberinto. Se trataba ahora de poner la mayor distancia respecto a sus perseguidores, antes de que tuvieran tiempo de reaccionar y salieran tras él.

El crepúsculo había transformado el sol en un disco rojo, sangriento como su fuga, irascible como su destino.

Inquietud

Un mundo libre, un mundo próspero, un mundo feliz. Un mundo sin miedo, sin hambre, sin pobreza, sin enfermedad ni despilfarro del ocio. Esta fue siempre la gran utopía social: meta largamente perseguida por las generaciones que nos precedieron y que solo en nuestros días ha sido capaz de alumbrar la civilización. Sin embargo, aún hoy —y esto en cierto modo resulta decepcionante después de tanto esfuerzo y sacrificio de diversa índole— el cuadro está incompleto. Subsisten en el planeta extensas áreas ocupadas por subrazas humanas que, incomprensiblemente, se niegan a sumarse a las conquistas de progreso y bienestar lideradas por El Occidente. Grandes núcleos de población cegados y sometidos por la superstición, la envidia y la desorientación, conocidos genéricamente como el Caos. Por desgracia, esta es la razón por la que todavía no hemos podido erradicar de la Tierra otra de esas palabras terribles del diccionario: *Guerra*.

Estudios sobre la (in)felicidad del mundo

ALDOUS H. SAVAGE

Más que un hombre, semejaba un golem. El gesto, tosco; el rostro, esculpido; la argumentación, una pétrea coraza, y sus palabras, verdaderas pedradas. Amenazaba al mundo desde su pedestal invisible en medio de la sala de estar.

—Examinemos el caso de la religión cristiana —exigía—, la mal llamada y finalmente difunta religión cristiana. Durante algo más de

dos mil años el mundo se vio forzado a regirse por las leyes y la moral, ¡incluso por unas fechas concretas!, diseñadas por un grupo de advenedizos que aprovecharon el impulso inicial de un antiguo recaudador de impuestos oriundo de la ciudad de Tarso. Un tipo que, a su vez, exprimió los delirios de un diletante surgido en una escisión del antiguo fariseísmo con algunas influencias esenias para manipular la divinidad a su antojo. Así crearon un dios nuevo, un sistema religioso nuevo, un mito nuevo. No lo digo yo, que soy apenas un simple diputado. Vuestro diputado. Lo afirma la ciencia. Lo sugerían hace ya mucho tiempo los manuscritos hallados en Qmram y lo confirmaron posteriormente los de Hirbet Mird. Todos ellos editados y puestos a disposición de los investigadores y del público en general hace ya mucho tiempo. Los secretos contenidos en estos documentos estuvieron a buen recaudo durante decenios, en especial aquellos que no figuraron en los listados oficiales hasta principios del siglo XXI antes del Mesías. Aaaaah, pero la Mano Negra que controlaba estos misteriosos documentos no pudo evitar que, una vez los iluminó la luz pública, se convirtieran en dos de los mayores superventas de todos los tiempos. Fíjense que digo «de todos los tiempos». Y es que en esa mal llamada religión cristiana tenemos la auténtica génesis de un sistema que provocó dolor, sufrimiento, torturas, humillación y muerte a millones de seres humanos. Un sistema que a pesar de eso se presentó como una auténtica revelación..., ¡como si no hubiera habido bastante con una, anterior: la contenida en los Cinco Libros Santos! Y, de esta manera, el ambiguo líder de una secta minoritaria en el antiguo Israel histórico fue encumbrado más alto de lo que jamás podría haberle hecho soñar su loca ambición. Su imagen fue idolatrada durante siglos..., durante milenios. Se creó un vasto entramado de intereses con carácter oficialmente espiritual pero que operaba, siempre lo hizo, sobre bases y hechos ¡y objetivos! tangibles y materiales. El antiguo papado era en realidad un imperio de emperadores. Su cabeza visible, su pontífice, ordenaba y controlaba a sus colegas del resto de los reinos conocidos. Todos ellos conquistaron, saquearon, dominaron, agostaron naciones enteras en busca del imperio total, del control definitivo del mundo... Y lo más sarcástico de todo es que sus formas externas, sus rituales, su actuación..., nada fue realmente suyo. Todo estaba copiado de otras creencias, empezando por las de nuestra sagrada doctrina: la Fe Verdadera.

El golem calló durante unos instantes para tomar aire mientras dejaba que los conceptos calaran en su audiencia, pero enseguida retomó su incendiario discurso.

—Ese fue, precisamente, uno de los motivos principales por los que resultó tan sencillo que numerosas personas se convirtieran a la Fe Verdadera en un espacio de tiempo relativamente breve, una vez apareció entre nosotros el Mesías Benjamín, en aquellos días de tribulación que siguieron a la guerra. Antes, durante siglos, fuimos objeto de constante desprecio, de total acoso y malvada persecución. Fuimos torturados y asesinados como el ganado manso es conducido al holocausto. Y os recuerdo que costó mucha sangre, mucha inteligencia y muchos recursos económicos retomar la iniciativa, trabajar primero en el anonimato y a plena luz del día más tarde, hasta reinstaurar las viejas fronteras y sublimarlas llevándolas más allá de sí mismas. Por fortuna para todos, el advenimiento del verdadero Mesías dio al traste con todo el antiguo régimen de circunstancias. Lo demás es historia: el llamado conflicto de las civilizaciones, el hundimiento del orden político y económico internacional, la derrota definitiva de todos nuestros enemigos en la guerra nuclear del Asia central, el desmoronamiento y la desaparición sucesiva de todas las demás religiones para dejar paso a la única Fe Verdadera... La nueva Edad de Oro que tenemos la fortuna de gozar en estos días. ¡Y que sin duda irá a más y alcanzará su cenit a medida que pasen los años! —Sonrió, orgulloso de sí mismo—. No tiene usted más que contemplar los indicadores macroeconómicos, el índice de desarrollo tecnológico y la simple marcha de los acontecimientos. Las alianzas políticas, militares, financieras y hasta sociales existentes en todo El Occidente son de fundación nuestra y su evolución es imparable... A los subdesarrollados, a los decadentes, a los que malviven más allá de nuestras fronteras, les quedan solo dos tipos de filosofía mayoritaria: la del integrismo islámico y la del integrismo oriental. La primera ya la conocemos bien y os recuerdo que la aplastamos sin piedad en el último gran conflicto bélico. Sabemos lo que podemos esperar de lo que no es más que el eco primitivo, medieval, del ya desaparecido cristianismo. En cuanto a la segunda, lo mejor que se puede decir de ella es que se trata de una confusa amalgama de pensamientos por completo ajenos al alma occidental. Me hablan del Tao, del I'Ching, de Confucio..., y yo veo una bonita mezcla de máximas vacías, a veces sencillas y a veces incomprensibles; algunas de ellas estética-

mente llamativas, sí, pero de igual forma estériles. Aun digo más: todo ello habría desaparecido ya, si no fuera por la presión demográfica, por el propio peso de la nación china, cuyo Neoimperio es seguramente el último intento por organizar un caos condenado a degenerar. En todo caso, no molestemos a los chinos. No molestemos a nadie..., mientras cada uno se quede en su sitio, en su lugar del mundo. Y dentro de nuestras fronteras, con orgullo digo que nuestro sistema se puede permitir el lujo de la tolerancia al ser el más democrático que jamás haya existido sobre el planeta. Nosotros no perseguimos a nadie, como otros antes hicieron, por lo que piense o lo que crea pensar, aunque en realidad sus ideas le hayan sido introducidas en su cabeza por gentes manipuladoras y perversas. Allá cada cual con lo que quiera perder su tiempo... —En este punto bajó el tono y le dotó de un aire siniestro—. Solo quiero advertiros de algo, de un peligro a mi juicio todavía en potencia pero muy real. Aprovechando estos días agitados que vivimos, estos días de crecimiento y floración que gracias al Mesías Benjamín disfrutamos y que son propensos a todo tipo de descubrimientos y actuaciones, nos encontramos ahora con el surgimiento de una secta como es la de los neopaulinos. «Un grupo de fanáticos inocentes en su ingenua radicalidad, que encima reconocen la farsa de sus precedentes cristianos y adoptan el nombre del verdadero fundador de su religión», piensan algunos, engañados por su beatífica impostura. ¡No! Les contesto yo. ¡No! ¡No son inocentes! ¡Saben muy bien lo que están haciendo, saben muy bien a lo que aspiran y actúan con la astucia de la serpiente, aunque sus posibilidades de éxito sean sensiblemente menores ahora que en tiempos de Augusto, aquel mitológico emperador de la Roma legendaria! Y yo digo: si no se les para ahora, ¡ahora!, pronto irán a más, pronto se convertirán en otro peligroso grupo terrorista como los peregrinos de la nostalgia o como los mártires de la media luna, que trabajan para conducirnos a todos a la destrucción. Veremos cómo abandonan las manifestaciones ahora pacíficas y pasan a protagonizar los primeros disturbios serios, que poco a poco se convertirán en un nuevo obstáculo al cumplimiento de los mandatos divinos para nuestro pueblo en este planeta y..., ¿quién sabe? ¿Podrían poner en peligro la labor del mismísimo Mesías Benjamín? Personalmente no lo creo pero, ante la duda, ¿osaremos acaso atraer la ira del dios de nuestros padres en aras de una tolerancia mal entendida y por tanto traicionera? ¡Ilegalicemos a los Neopaulinos ya, como antes hicimos con otros gru-

pos de desalmados! ¡Persigámosles sin piedad! ¡Acabemos con ellos antes de que tengan la oportunidad de hacerlo con nosotros!

—No lo soporto más.

Judith resopló, molesta, y bajó el volumen hasta hacerlo casi inaudible. Con su voz, la imagen tridimensional del diputado europeo por la Región Francobelga David Globus perdió parte de su imponente presencia, aunque seguía presidiendo todo el salón como una especie de Júpiter tronante.

—Ahí se ha pasado, reconoce que ahí se ha pasado: ¡si los Neopaulinos son cuatro! —argumentó la chica—. Y además, apenas tienen presencia en las ciudades. Están desperdigados en los núcleos rurales, donde, por cierto, tampoco se puede decir que sean muy populares. Y me juego la placa a que están infiltrados. Seguro que tienen más infiltrados que adeptos sinceros dentro de su secta.

Globus continuaba su discurso, impertérrito, mientras el realizador ofrecía un breve plano del entrevistador asintiendo con la cabeza y muy interesado por la inagotable verborrea de su invitado. Cada uno estaba sentado en un sillón tapizado de color rojo burdeos y entre ambos se podía apreciar, con una definición formal cercana al noventa y tres por ciento del volumen de datos transmitido, una lujosa mesa de madera noble sobre la que descansaban los guiones del programa y algunas notas que uno y otro habían ido tomando durante la última media hora. Elías se aproximaba de vez en cuando hasta la imagen, intentando por curiosidad distinguir las palabras escritas pero, cuanto más se acercaba, más borrosas se veían.

—Es un agitador de masas, un demagogo, un pelele histérico. Si sigue por ese camino tendremos otro desastre como el del año pasado con los hermanos del libro. Es..., es... un completo imbécil que no entiende lo que significa la palabra *paz* —concluyó Judith.

—Cálmate, chica, y tómate otra. —Elías le ofreció la botella de vino tinto auténtico, condescendiente con las apocalípticas advertencias de Globus; le divertía la irritación de su amiga policía, vestida ahora tan solo con unas braguitas azules de encaje—. No puede verte, no puede oírte. ¿Cuántas veces tendré que decírtelo? Nunca has servido como simple testigo de las cosas que pasan. ¿Será por deformación profesional por lo que siempre tienes que intervenir en todo? Eh..., estoy seguro de que las emisiones pirata de porno no te excitan tanto como las declaraciones de un papanatas como este.

Judith aceptó la botella y llenó su vaso, que ya había vaciado un par de veces desde que habían conectado el holo.

—Por si no lo sabes, David Globus no es un cualquiera, sino una de las voces más autorizadas de la Eurocámara. Esa gente debería servir para tranquilizar los ánimos; no para volver loco a todo el mundo e incitar al degüello de unos contra otros. A veces me pregunto si es verdad que el Mesías Benjamín era quien decía ser y si vivimos en esa Edad de Oro de la que tanto hablan los políticos y los rabinos.

Elías sonrió amargamente.

—Ten cuidado con lo que dices o te detendrá el Servicio Político y acabarás en las colonias espaciales como una vieja inútil para otra cosa. Lo que no me gustaría demasiado, porque aún tengo que merendarme al menos un par de veces estos pechos deliciosos. —Le sobiqueó un pezón.

—¡A la mierda con el Servicio Político! —dijo Judith quitándose a Elías de encima—. Menuda banda de señoritos... Yo trabajo en las calles, Eli, yo me codeo con la basura y me juego el tipo equipada con traje de combate. Sé de lo que estoy hablando. Yo no pierdo el tiempo en lujosos despachos como ellos, investigando si tal o cual individuo es sospechoso solo porque en su árbol genealógico aparece el clásico «tatarabuelo-sanguinario-perseguidor-de-antepasados» o algo así..., y te aseguro que cada vez se ven cosas más aterradoras. Lo del grupo aquel de los Hermanos del Libro, por ejemplo... Si son tan idiotas como para seguir practicando una religión acabada es su problema, pero no vamos a andar matando a todo el mundo que piense diferente a los que mandan. —Sus ojos, tan negros, tan vivaces, adquirieron un tono sombrío al perderse en algún punto del pasado—. Un tipo de la cuerda de Globus incendió un barrio entero contra ellos con un discurso semejante, precisamente en París. Y te puedo asegurar que no suponían ningún peligro para nadie como no fuera para su propia salud mental... Sí, eran integristas confesos, de acuerdo, pero practicaban sus ritos sin molestar a los vecinos. Ni siquiera hacían proselitismo. Vivían en uno de los suburbios, con lo que sacaban de la venta de sus huertos familiares y de los productos que ellos fabricaban y vendían en un mercadillo de artesanía. Un día aparece el cadáver del niño aquel y el señor político de turno decide echarles la culpa, antes siquiera de que comenzara la investigación oficial. Empezó a hablar de sacrificios humanos y se desató el pánico. Y, cuando el miedo campa libre a sus

anchas, no tarda en llegar la tragedia. Lo verías en holovisión. Dos colegas míos formaron en las brigadas que tuvieron que intervenir para devolver al barrio un aspecto medianamente normal y te aseguro que aquello fue una matanza, peor que el sacrificio para la Pascua. Entre integristas, vecinos y policías hubo una quincena de muertos y más de medio centenar de heridos.

Guardaron tenso silencio durante unos instantes, mientras el entrevistador de holo preguntaba a su entrevistado por los planes de la Eurocámara para la instalación de nuevas centrales nucleares en el arco mediterráneo. Judith observaba con detenimiento el vaso de vino, como si el líquido oscuro y espeso se hubiera transformado mística-mente en sangre.

—Por cierto —cambió de tema—, ¿de dónde has sacado este excelente caldo? Y es la quinta o sexta vez que te lo pregunto.

—Hasta ahora no estabas lo bastante bebida como para no detenerme si confesaba —bromeó Elías—. Y, en fin, ya sabes cómo es el oficio de investigador privado. A veces la gente no tiene suficiente para abonar mis servicios y me pagan en especie.

—¿En especie? Eso es ilegal.

—¿Ves lo que te decía? Pero no estás de servicio, muchacha, así que no puedes hacer nada. En cuanto al vino, es cortesía de un tipo del Barrio Viejo. Tiene dos tabernas allí. Sospechaba que su mujer se la pegaba con un funcionario de Hacienda en una de ellas mientras él trabajaba como un condenado en el otro establecimiento, pero no estaba seguro. Como dice el proverbio sefardí: «casa con dos puertas, mala es de guardar», y etcétera. En consecuencia, me contrató para obtener pruebas, imágenes comprometedoras...

David Globus continuaba su diatriba, pero ahora Judith solo estaba pendiente del divertido gesto de Elías.

—¿Y? —insistió, a la espera del desenlace.

—Y ¿qué? —contestó él saboreando el vino de su propio vaso.

—¡Que si se la pegaba con otro!

—Oh, sí, naturalmente. Es difícil encontrar una persona fiel en estos tiempos, ¿no te parece? Lo grande del caso es que el funcionario de Hacienda no era un hombre..., sino la propia hermana del tabernero. ¿Comprendes? ¡La mujer engañaba a su marido con su propia cuñada! ¡Qué mundo tan complicado!

Rieron en voz alta. No estaba bien burlarse de la desgracia ajena,

pero resultaba liberador comprobar que alguien lo pasaba peor que tú. Probablemente esa fuera la clave del éxito histórico de las comedias.

—Lo que sigue no es tan gracioso —dijo Elías, sorbiéndose la nariz—. El tabernero fue a por ellas con intención de matarlas. Solo encontró a la mujer, porque su hermana no había ido aquella mañana al negocio. Tuvo una discusión muy fuerte con ella y acabó estrangulándola. Quizás habría consentido unos cuernos con otro hombre. Todo habría terminado en un divorcio rápido. Pero ¡con una mujer! Estaba en juego su virilidad... Y, claro, ahora está en juego su propia vida, porque podría caerle una condena militar, y lo más probable es que así sea: le darán un arma y le mandarán a algún confín del mundo a luchar contra un grupo de infrahumanos o de terroristas. Está metido en juicios, intentando reducir la pena para que se la limiten a prisión, y se ha gastado todos sus ahorros en abogados.

—Mala ralea, la de los abogados. —Judith torció el gesto.

—Conozco a muchos —asintió él—. Lo cierto es que todo sucedió muy deprisa. No me había pagado todavía y con lo del juicio se quedó sin blanca. Así que no le quedó más remedio que satisfacer su deuda conmigo... en botellas. —Contempló el vaso antes de concluir—: Creo que salí ganando.

Judith resopló ruidosamente.

—¿Tú eres el que me advierte contra el Servicio Político? Como se enteren de que andas haciendo trueques no declarados...

—¡Bebe y calla, y aprovecha lo agradable de la vida cuando se te presente! Por desgracia, no suele ser a menudo.

Elías adoptó un aire cómplice y bajó la voz:

—Te contaré un secreto, señora policía. ¿Sabes? La gente es buena. Me refiero a la gente en general, al grueso de la gente. No a los mandamases. Sí, la gente es buena y me atrevería a decir que hasta los integristas, los chinos y los infrahumanos también son buenos después de todo. A su manera. Todo el mundo es bueno porque hablamos de personas simples, sencillas e ignorantes de cómo funcionan las cosas. Es por eso mismo por lo que se les puede manejar con gran facilidad y enfrentarlos a unos con otros. No les interesan las grandes verdades, ni siquiera las pequeñas. Solo están deseando divertirse, pasar la vida de la mejor manera posible, sin líos, sin complicaciones... Y luego, aparte, tenemos a los titiriteros, los grandes embaucadores. Existen para eso: para entretenernos.

—¿Te entretiene Globus? A mí me da grima.

—Judith, escucha. Cuando yo era un niño y no existía la holovisión todavía, mi padre me enseñó en su biblioteca unos curiosos grabados sobre... Verás, entonces todavía había gente que podía permitirse el lujo de poseer más de veinte o treinta libros de papel en su casa, ¡y no solo técnicos y religiosos, sino de todos los géneros! A saber dónde fueron a parar todos aquellos volúmenes.

—Tu padre era un científico reputado, aunque extravagante.

Elías sufrió un fugaz ataque de melancolía, pero no se dejó dominar por él.

—Lo cierto es que por aquella época cualquier persona interesada podía tener libros de papel, no solo los científicos. Y recuerdo uno en concreto que mostraba varias imágenes de ajusticiamientos masivos. No me acuerdo por qué estaban aquellos tipos en la picota, por qué les torturaban. No sé si por robo, o por asesinato, o por qué. Pero allí estaban: sufriendo la justicia de su época, subidos a una especie de escenario donde los flagelaban, los golpeaban, los martirizaban...

—Estás consiguiendo que el vino me siente mal, Eli. Ya tengo bastante con Globus.

—Lo que quiero decir es que los embaucadores de aquellos días lejanos se camuflaban de líderes espirituales para organizar el espectáculo. Porque era eso, ¿entiendes? Toda esa sangre y esa muerte... era un espectáculo en el fondo. La gente no iba a contemplar el castigo de los «malos», iba a *disfrutarlo*. Esos grabados me causaron tanta impresión, además, por el descaro con el que actuaban los titiriteros. Hoy en día es parecido. Se incita al pueblo para que se levante de forma espontánea, por así decir, contra algún enemigo, y el pueblo se lo traga y va sin preguntarse si se trata de un enemigo real o no. Sí, después de todo, es lo mismo, aunque los que antes estaban abajo ahora estén arriba, y viceversa.

—¡Pues no debería ser así! —rebatía Judith—; el vino le había subido los colores a la cara y también al pecho desnudo—. Al menos no ahora. ¿No estamos en el camino auténtico hacia el Reino de los Cielos? ¿No nos rige la mejor de las clases políticas y vivimos en el mejor de los tiempos? Se supone que el hombre evoluciona. A duras penas, sudando sangre, pero siempre evoluciona, ¿no? Oh, Dios, el vino me pone filosófica. Como si fuera..., como si fuera tu amigo Schumberger.

—No era mi amigo, sino de mi padre.

Eliás se dejó caer en el sofá. El recuerdo de la biblioteca de su padre, primero, y del reciente final del viejo, después, había nublado la alegría del alcohol y el sexo compartidos tan amablemente durante toda la tarde. Ahora la nostalgia de tiempos pasados jugueteaba en su memoria, entre jirones de pensamientos inacabados, intentando fijar las sensaciones y los sabores de su infancia. Tan lejana ya.

Schumberger había muerto en su casa, de viejo, y eso era ya de por sí algo extraordinario, un fin poco corriente para un hombre nada común. Por lo que él sabía, a principios del siglo pasado muchas personas fallecían todavía en sus propios hogares, por abandono familiar, desidia administrativa o incluso por propia y suicida decisión. Semejante opción era hoy imposible, excepto en casos muy concretos como el suyo.

Con la jubilación, los ancianos marchaban desterrados rumbo a cualquiera de las colonias espaciales ubicadas en la Luna. Si bien la expresión *desterrados* tal vez no fuera del todo exacta. Cualquier buen ciudadano de El Occidente entendía que, llegada cierta edad, debía cumplir con uno de los mandamientos capitales del Mesías Benjamín y dejar la conquista del mundo a los jóvenes. El dios de sus padres les había prometido que toda la fortuna de las naciones pasaría a su pueblo. ¿Cómo era aquello que aprendían en el colegio? «...el fruto de los graneros de Egipto, los ahorros de Etiopía, serán de él. Marcharán tras su pueblo, encadenados como cautivos, y se prosternarán a sus plantas...» Semejante tarea requería utilizar el cerebro tanto como la espada, mas el premio era seguro: el poder y la influencia de El Occidente en el mundo no tenía parangón con ninguna otra época de la historia, ni siquiera con los antiguos imperios de las naciones europeas.

Y, pese a lo que dijera David Globus, todos sabían que era cuestión de tiempo, mucho o poco pero tiempo al fin y al cabo, que toda la Tierra les perteneciera, de verdad, en exclusiva. Tal era su anhelo, al menos.

Más allá de la difusa amenaza de disolución en el Caos, solo quedaba un enemigo digno de tal nombre, aunque no fuera correcto nombrarlo en voz alta y aunque los miembros del cuerpo diplomático en todo el planeta afirmaran una y otra vez a través de los medios de comunicación que El Occidente estaba dispuesto a repartirse la Tierra con él: el Neoperio de China. Sin embargo, hasta los chinos caerían bajo su influjo. Eso había predicho, en su época, el Mesías Benjamín,

quien —según una leyenda urbana muy popular— habría llegado a pronosticar durante una cena de hermandades religiosas que los amarillos desaparecerían de un día para otro merced a una plaga que mandaría el mismo Dios en su contra: una plaga especialmente diseñada para borrar de la faz del planeta a todas las personas de ojos rasgados, piel pálida y pene corto.

En cuanto a los ancianos..., Benjamín dejó sus instrucciones al respecto y eran muy claras. Después de la edad tope de jubilación fijada por ley, uno nacía de nuevo. Se despedía de todos sus familiares, amigos y compañeros, liquidaba sus propiedades y sus responsabilidades, ¡y sus deudas!, y se le facilitaba otro nombre, una breve formación técnica y un destino en una de las colonias espaciales para continuar, desde allí arriba, contribuyendo a los designios celestiales.

Los expertos habían saturado el mercado con estudios e informes que demostraban las innumerables ventajas de un astronauta mayor respecto a otro más joven: sus conocimientos, su experiencia, su prudencia y su fiabilidad eran muy apreciadas en las sociedades extraterrestres.

¿Cuál era el único inconveniente del anciano? Su deterioro físico. Pero eso estaba resuelto merced a los avances en nano y biotecnología: según un estudio holografiado apenas diez días atrás, un hombre al final de su vida podía con facilidad haber vivido más tiempo y en mejores condiciones en una colonia espacial que en la Tierra, aunque jamás regresara a esta. Se contaban casos bizarros acerca de astronautas que eran poco más que viejas y venerables cabezas ancladas a sendos cuerpos metálicos articulados aunque, por las noticias que llegaban del espacio, las labores a realizar en las colonias eran cualquier cosa menos agotadoras. Casi un paraíso, cuya función a largo plazo consistía en terraformar en la medida de lo posible otros orbes celestes para proseguir la andadura humana en el universo. La Luna era solo el primer paso.

De todas formas, para la mayoría de los ciudadanos, como por ejemplo el propio Elías, la principal ventaja de la jubilación era resolver la deuda personal. Uno nunca más tendría que volver a preocuparse de su nivel de endeudamiento, si se aproximaba o no al límite legal y acerca de las consecuencias al respecto.

Pese a ello, siempre había personas reacias a amoldarse al progreso y al bien común. El mismo Schumberger se había mostrado poco par-

tidario de jubilarse y marchar lejos del planeta. Y lo que fuera que estuviera haciendo en el Ministerio de Fomento Industrial debía de ser de verdad importante para que los jerifaltes respetaran sus deseos hasta el final y le hubieran permitido seguir trabajando para ellos en lugar de darle la patada en el culo y mandarlo al espacio.

En realidad, nunca llegó a decirle a qué se dedicaba realmente. Tantas tardes compartiendo el té y el pan ácimo del crepúsculo, hablando de esto y de lo otro, recordando a su padre, que fuera su mejor amigo... Pero nunca había llegado a abrir su corazón de verdad. Ni siquiera para explicarle los detalles más corrientes de su vida, como por ejemplo su misteriosa actividad laboral, que le había permitido eludir el reto de la aventura estelar.

Solo en ocasiones le sorprendía con esa enigmática frase:

—Cuida el libro que te legó tu padre, Eli, cuídalo bien.

«¿Qué libro?», se preguntaba él, porque casi todos los ejemplares encuadernados que existían en aquel momento se encontraban en colecciones privadas de gente pudiente. Los impuestos sobre posesión y archivo legal de cualquier tipo de volumen manuscrito en un domicilio particular eran prohibitivos. Y hacía mucho tiempo que la gente de a pie había perdido el gusto por disfrutar del fuerte olor de la tinta o el rugoso tacto del papel. ¿Para qué, si era más cómodo consultar los ordenadores o dejarse hipnotizar por la holovisión?

A veces había pensado que Schumberger se refería a un pequeño librito que contenía un resumen de la filosofía de Epicteto, un pensador antiguo. El ejemplar era una auténtica joya de mediados del siglo xx antes de Benjamín, que su padre le había regalado en un cumpleaños, casi en secreto, para no tener que pagar los correspondientes impuestos. Qué hermoso era... Cada doble página ofrecía un bello grabado miniado con imágenes bucólicas y al lado un párrafo para recordar, escrito en caracteres góticos, como una especie de miniatura medieval. Elías se lo sabía ya de memoria a los pocos días de tenerlo en su poder. Era su mayor tesoro y por ello había querido inmortalizarlo en su mente para tenerlo siempre presente.

Sin embargo, no podía estar hablando de él porque, para su desgracia, lo había perdido pocos meses más tarde, o quizá se lo robaron en el instituto. Nunca se atrevió a confesar la pérdida a su padre y, mucho menos, a Schumberger, que dudaba conociera siquiera su existencia.

Ahora ya nunca sabría a qué libro se refería el viejo.

—¿Qué harás con el cadáver de Schumberger? —preguntó Judith.

Elías despertó de su ensimismamiento. Miró a su amiga con los ojos vacíos.

—No lo sé. Supongo que dejarlo en manos del rabino local. No estoy muy al corriente de lo que hay que hacer en un funeral. Tampoco me interesa gran cosa. Él se ha ido. No queda más que un cuerpo que ha de ser enterrado.

—Te dejarán revisar sus pertenencias y llevarte lo que quieras. Después de que el Estado haya husmeado primero, claro. Al fin y al cabo, eras lo más parecido a un pariente que tenía ese hombre y, sin tu reconocimiento oficial del cadáver, no hubieran podido extender el certificado de defunción con tanta rapidez.

—Schumberger era conocido de sobra. No me necesitaban a mí. Y por otra parte, ya me dirás qué hago yo rebuscando entre los recuerdos de un muerto, como si fuera un buitre.

Judith le miró fijamente.

—Haz lo que quieras. Pero, si no asumes todas las responsabilidades propias del funeral, pensarán mal de ti. Ya sabes...

—¡El Servicio Político! —dijeron al unísono.

Luego volvieron a reír juntos antes de sellar sus labios con vino y saliva, rodando sobre el sofá, ignorando al golem David Globus y a sus ojos furiosos y a su boca monstruosa cuya voz de acero retumbaba en alguna parte, lejos.